

Alter ego

*Y comenzó a tener recuerdos
de lo que no había podido ser.
Y se olvidó de quién era.*

Sonata de hastío, 1981

Mi nombre es Juan José Osorio, estoy conectado a Internet y son las 16:26 horas de la tarde, por lo tanto, me queda poco más de media hora para contar esta historia.

Creo que todo comenzó cuando me recomendaron el libro. Tengo un amigo, Miguel, que está obsesionado con la cultura japonesa, y cada conversación con él siempre deriva en algún concepto nipón que, por supuesto, no tiene ni traducción ni lugar en la cultura occidental. “No estamos preparados para este tipo de pensamiento”. Empezó con el manga y el anime, para seguir con el yoga y el tai-chi, y acabar con el zen y el tao, mientras decoraba su casa con decenas de maneki-nekos, que por lo visto así se llaman esos gatos áureos que no paran de mover la pata como si saludaran al führer de los gatos. Parece ser que le dan suerte.

Pues este amigo, como decía, fue el primero que me habló del mu-i, otro de estos conceptos intraducibles al castellano. Como era habitual, lo sacó a colación en una conversación como si fuera la única y verdadera solución al problema.

No estoy seguro de seguir con este curro, tío. Llevo tres meses sin cobrar y el jefe me está prometiendo el oro y el moro cuando las cosas vayan mejor, pero me huele un poco raro.

La mayoría de empresas de aquí están en la misma situación.

Ya, pero yo estoy hablando de mí. Quizá debería dejarlo ya y empezar a buscar algo antes de que la cosa vaya a peor.

Hagas lo que hagas, lo que está claro es que tendrás que responsabilizarte tanto de la decisión que tomes como de la que no tomes.

No sé si me estás ayudando.

Te estoy hablando del mu-i, chaval.

Joder.

El mu-i es lo que no ocurre, Juanjo. Lo que no te pase en la vida importa tanto o más que lo que te pase. Tienes que ser consciente y hacerte responsable de las cosas que no han sucedido por haber hecho que sucedan otras. Los japoneses lo hacen y mira cómo les va.

¿Y cómo les va?

Pues mejor que a nosotros dos.

No fue mi complicada situación laboral lo que me quitó el sueño por la noche. Nada más meterme en la cama, sentí una especie de vértigo al recordar aquello del mu-i. Comencé a repasar momentos de mi vida, no que tuviera por importantes, sino que simplemente recordaba por alguna razón. La mayoría de ellos eran anécdotas que se habían quedado grabadas en mi mente desde la infancia. Como aquella vez en 4º de primaria cuando me vi obligado, bajo amenaza de muerte, a encubrir delante del AMPA a un repetidor de la clase que había roto todos los cristales de las ventanas del colegio, recuerdo el silencio y la tensión y el “preferiría no decir nada”; o aquella otra el día de todos los santos, cuando dejamos al hermano pequeño de Miguel encerrado en el cementerio a altas horas de la noche, incapaz de trepar por el muro que lo separaba del exterior, recuerdo las excusas y el “no quedaba otra solución que dejarlo atrás”; o el día anterior a mi primera comunión, cuando mis padres tuvieron que entrevistarse con el cura porque se negaba a que recibiera el sacramento, recuerdo algún problema relacionado con la confesión cuando me preguntó por tres personas que hubieran sido importantes en el mundo y contesté “Jesucristo, el Papa y Gorbachov.”

El caso es que esos y otros acontecimientos, a pesar de su poca importancia, esa noche los juzgué como fundamentales para mi modo de ser, para el desarrollo de mi carácter. Precisamente su aparente intrascendencia hacía que su existencia fuera total y absolutamente fruto de la casualidad. Pero ¿qué grado de importancia tenían para que yo fuera tal y como soy ahora? Si hubieran ocurrido de otra manera, ¿tendrían su reflejo en mi modo de comportarme en la actualidad?

A la mañana siguiente llamé Miguel, el japonés, y le pedí algún libro que hablara sobre el mu-i. Fue cuando me recomendó *Sonata de hastío*. Lo leí esa misma tarde. Se trataba de una historia pseudo-filosófica existencialista en el que un tipo tenía el nada ambicioso objetivo de cambiar el mundo que había a su alrededor. Para ello, simplemente había cambiado su modo de ser, los tres indicadores que, a su parecer, nos definen y diferencian del resto: lo que pensamos, lo que decimos y lo que hacemos. Según este individuo, si lograba cambiar radicalmente los dos últimos, el primero, progresivamente iría modificándose hasta convertirse definitivamente en otra persona. Así sucedía exactamente en la historia, sus actos y dichos fueron cambiando paulatinamente todo lo que había a su alrededor: se fue alejando poco a poco de su familia, sus amigos lo iban dejando de lado y encontraba otros nuevos, su novia, su trabajo, su casa, etc. La novela acababa sorprendentemente de forma muy trágica pero eso es otra historia y, como dije al principio, no me queda demasiado tiempo.

Fue en ese momento cuando vi claro que tenía que dejar salir de alguna manera aquel conjunto de acontecimientos que no estaban sucediendo por mi culpa. No se trataba de frustraciones, sino de hacer reales situaciones que se habían quedado por el camino por haber tomado, no la decisión equivocada, sino otra decisión.

No tengo novia. La tuve, pero “nuestros caminos se van a separar, solo Dios sabe si se volverán a unir.” Si la tuviera, a estas alturas estaría casado como la mayoría de mis amigos, que aguantaron estoicamente hasta que uno de ellos se casó. Después fueron cayendo poco a poco todos los demás a un ritmo vertiginoso. Es curioso lo de

casarse, todo el mundo te aconseja que no lo hagas y la gente no para de hacerlo. Existe una fuerza oculta que los arrastra. Como la madre de Miguel, el japonés, que una tarde le espetó: “A ver cuando te animas. La mayoría de tus amigos ya están divorciados y tú ni siquiera te has casado.” En fin. El caso es que, bajo esta premisa, comencé la redacción de un diario con el objetivo de que, de alguna manera, pudiera ocurrir lo que nunca ocurrió.

Sábado, 27 de noviembre de 2010

Echo de menos el tiempo en que en fin de semana podía dormir hasta tarde. Esta mañana, como todas las mañanas, los críos nos han despertado otra vez, nada más amanecer.

Nos hemos levantado y hemos desayunado todos juntos, sin prisas. Por suerte, Irene se ha llevado a los críos a casa de mi madre. Cada vez me cuesta más tener un rato libre para seguir con este diario y tengo que aprovechar cualquier momento, por pequeño que sea, para ponerme a escribir.

Hoy creo que no la voy a llamar. Es mejor dosificar los encuentros, que sigan manteniendo su carácter especial, que continúe la magia. Si no, estoy acabado. No puedo caer en la rutina también con ella. Precisamente por evitar el tedio comenzamos a vernos, y si lo hacemos demasiado a menudo sería como estar casado dos veces.

Domingo 28 de noviembre de 2010

Hoy hemos ido a comer fuera. Los críos estaban armando un jaleo de miedo y un tipo de la mesa de al lado no paraba de acusarnos con la mirada a Irene a mí. Ella me decía que no tenía importancia pero la cara de aquel tipo me ponía violento. Al final ni siquiera le he dicho nada pero estoy seguro de que, si hubiéramos cruzado un par de palabras, habríamos llegado a las manos.

Creo que hoy sí la tengo que ver. No puedo quitarme de la cabeza la mirada de aquel tipo. Tengo que contárselo a alguien que lo vea desde fuera para que pueda ser objetivo. No es el mejor momento porque Irene está en casa, pero inventaré alguna excusa para salir. Tenía que haberle dicho algo. Ese tipo no paraba de mirarnos. Tampoco era cuestión de montar un escándalo en el restaurante pero no debería haberme ido como si nada hubiera pasado. Esa mirada estúpida.

Martes, 30 de noviembre de 2010

Ayer ni siquiera sentí la necesidad de escribir. Me encontraba mucho más tranquilo. Supongo que tiene que ver con que el domingo pude verla y me desahogué con ella. No creo que Irene sospeche nada, ella también tiene mucho trabajo y no tiene tiempo de pensar en esas cosas. A veces me siento mal. No se lo merece. Pero yo tampoco.

Y así continúe durante varios meses, inventándome una mujer, unos hijos, una

vida. Pero veía que algo fallaba porque todo lo que salía de mi cabeza se quedaba en las páginas de ese diario, y así era imposible interactuar con lo que me rodeaba y cambiar el mundo a mi alrededor, tal y como hizo el protagonista de *Sonata de hastío*. Además, a Irene tampoco le entusiasmaba la idea de verme continuamente abstraído escribiendo, sin ocuparme de los críos. No sé. Tenía que pensar en algo.

Miguel, el japonés, me llamó una tarde bastante preocupado. Era muy importante, decía, que habláramos lo antes posible. Quedamos a las nueve en una terraza a medio camino entre su casa y la mía. Se le veía bastante impaciente, por eso, en cuanto se sentó a la mesa me dijo.

Quiero que escuches atentamente lo que tengo que decirte.

Tranquilo, Miguel, te escucho.

Creo que tienes poner fin a esta situación de inmediato, Juanjo.

¿Cómo dices?

Que tienes que dejar de verla de inmediato, estás corriendo demasiados riesgos.

Me dijiste que era algo pasajero pero últimamente te estás pasando de la raya.

De verdad, Miguel, te juro que no sé de lo que estás hablando.

No disimules, Juanjo. Conmigo no.

Nos quedamos en silencio un rato, no podría decir cuánto duró. Él aprovechó y pidió al camarero una cerveza, yo le daba vueltas a la conversación en mi cabeza intentando comprender la situación. Después de lo que me pareció un siglo le dije:

No sabía que lo supieras.

No me jodas, no es la primera vez que hablamos de ello. Además, todo el mundo lo sabe.

No sé, yo creía que...

No se trata de creer nada. Es un milagro que no haya llegado a los oídos de Irene y sabes que ella no te lo perdonaría. Estás jugando con tu matrimonio. Piensa en tus hijos.

En fin. Puede que lleves razón...

Es lo mejor que puedes hacer, créeme. No sé lo que te pasa últimamente pero si necesitas hablar con alguien, de lo que sea, aquí me tienes.

Vale, vale, gracias, Miguel, de verdad. Y perdona, me tengo que ir, estoy un poco confuso.

De camino recapacité sobre lo que había sucedido. Miguel tenía razón. No podía arriesgar todo lo que tenía de esa manera. Cuando llegué a mi casa estaba firmemente decidido a poner fin a mi aventura. Lo primero que tuve que hacer fue eliminar todas las pruebas que quedaban de mi escaqueo, así que borré el número de teléfono de mi móvil y escondí el diario donde ni el diablo se atrevería a mirar, con lo que mi primer plan para hacer real lo no ocurrido, definitivamente, no había tenido éxito.

A pesar de no sentirme en absoluto culpable, intenté pasar más tiempo con Irene y los críos. Ella lo agradeció y me confesó que me había notado muy distante, actuando de manera extraña, pero las cosas ahora iban bien. Y fueron a mejor durante mucho tiempo hasta que se me ocurrió otra forma de suplantar el diario.

Lo había tenido delante de mis narices todo el tiempo pero no caí en la cuenta hasta que hubo pasado casi un año. La mejor forma de ser la persona que no había podido ser, la mejor forma de hacerse pasar por otro, de inventarse, de nuevo, otra forma de ser, otra vida: una red social.

Esperé pacientemente el día para poder disponer del tiempo suficiente y cuando hubo llegado me conecté a Internet y entré en facebook, dispuesto a reinventarme. Otra vez. Indudablemente, lo primero que tenía que hacer era pensar otro nombre. Yo tenía ya mi perfil en facebook, pero el perfil de Juan José Osorio no servía para lo que tenía entre manos. Así que

Correo electrónico: romandelamo85@hotmail.com

Contraseña: ●●●●●●●●

Entrar

Editar mi perfil

No puse ninguna foto, claro. Mucha gente en facebook no tiene foto, ponen alguna imagen y no por ello son sospechosos de no existir. Sólo tuve que participar en un par de foros de una serie de éxito para que Román del Amo se hiciera con un buen grupo de amigos. Román del Amo. Sonaba bien.

A partir de ahí, todo fue sobre ruedas. Mucho mejor que el diario. Román no estaba en una relación, conocía a gente que nunca hubiera conocido, decía cosas que nunca hubiera dicho, colgaba fotos de lugares en los que nunca había estado... Pasaba tanto tiempo conectado en el perfil de Román del Amo que olvidé la contraseña de mi verdadero perfil.

Pero esta mañana al conectarme, me he encontrado con esto:

Correo electrónico: romandelamo85@hotmail.com

Contraseña: ●●●●●●●●

Entrar

...

Solicitud de amistad:

Juan José Osorio quiere ser tu amigo en facebook

Confirmar

En otro momento

Cuando conseguí que la sangre volviera a circular por mis venas, confirmé la amistad e inmediatamente recibí un mensaje de Juan José:

“Román, esta tarde me paso por tu casa. Voy con Irene y los críos así que no puedo entretenerme mucho. Espérame a las cinco. Por cierto, tienes que devolverme el diario.”

Acabo de publicar esta historia en el perfil de Román del Amo para que alguien pueda leerla y quede constancia de lo que sucedió hasta este momento. Tengo el presentimiento de que algo está a punto de ocurrir. Me temo que también el final de esta historia será trágico... Ahora son las 17:02 y acaban de llamar a la puerta.